

LAS PALABRAS ARDIENTES

JUAN FERNANDO GÓMIZ

La luz de dos candiles se hace poco a poco en el dormitorio. GUSTAVO ADOLFO entra tambaleándose, se deja caer en la butaca y, pensativo y serio, se inclina hacia adelante. Caen el bastón y el sombrero. CASTA, que viste un camisón vaporoso, suspira reclinada y adormilada en la cama.

GUSTAVO. ¿Es cada suspiro que escucho un recuerdo de él?

CASTA. *(Sin moverse).* ¿De quién?

GUSTAVO. De El Rubio. Así le conocían en la villa, ¿no?...

CASTA. Nunca pienso en él.

GUSTAVO. Cuando el amor se olvida, ¿adónde va?

CASTA. Si nunca aprendiste a recordar más allá de aquellos encuentros, a ninguna parte...

La luz se desvanece hasta la completa oscuridad. Poco a poco vuelve. EL RUBIO y CASTA, amantes, se aproximan a la cama, él con el torso descubierto y ella con el camisón transparente.

EL RUBIO. *(Besándola apasionadamente, habla entre beso y beso).* Esos poemas no son más que palabrería... El amor verdadero, esto que te muestro es... ¿Qué poesía prefieres tú, la de su sucia tinta o la de mi sangre pura?

CASTA. *(Inquieta).* ¡No aquí en este lecho! Aquí amarte no puedo... Pero poesía, la tuya prefiero que arder me hace, y ni en la más fría noche de invierno apagarse puede...

EL RUBIO. Quédate conmigo, Casta. No marches a Sevilla con él... No ahora.

CASTA. No habrá distancia que nos separe más de lo que ya lo estamos. Un amor lo es todo, dos imposibles son. No me quieras, que mi amor, como todo amor, bello parece, pero tristeza al final es.

EL RUBIO. ¿Su musa prefieres ser? ¿Triste y olvidada en este cuarto, cuidando niños?

CASTA. Olvidada, en tu boca, suena a eterna condena.

EL RUBIO. Yo, dichoso, eternamente levantaría esa condena.

CASTA. En mis entrañas se gesta la eternidad, y en su fruto no habrá nunca olvido, así tu aliento me falte y tu abrazo no halle.

La luz se apaga poco a poco. Tras unos segundos de oscuridad, la luz ilumina fantasmagóricamente el dormitorio, cargado de telas de araña. GUSTAVO, borracho con un vaso de ron en la mano, abrazado junto a una MUJER morena a la que no reconocemos y que ríe de manera vulgar.

GUSTAVO. *(Recita).* Asomaba a sus ojos una lágrima y a mis labios una frase de perdón; habló el orgullo y se enjugó su llanto y la frase en mis labios expiró. Yo voy por un camino: ella por otro; pero al pensar en nuestro mutuo amor, yo digo aún, ¿por qué callé aquel día? Y ella dirá, ¿por qué no lloré yo?... ¿De qué ríes, mujer? ¿Nunca te amaron?

MUJER DESCONOCIDA. *(Burlándose).* Poeta, las mujeres somos muy malas, y en esto del amor, más aún si cabe.

Se hace la oscuridad bruscamente. El dormitorio, luz fría.

EL RUBIO. Me hubiese gustado escuchar de tus labios la verdad.

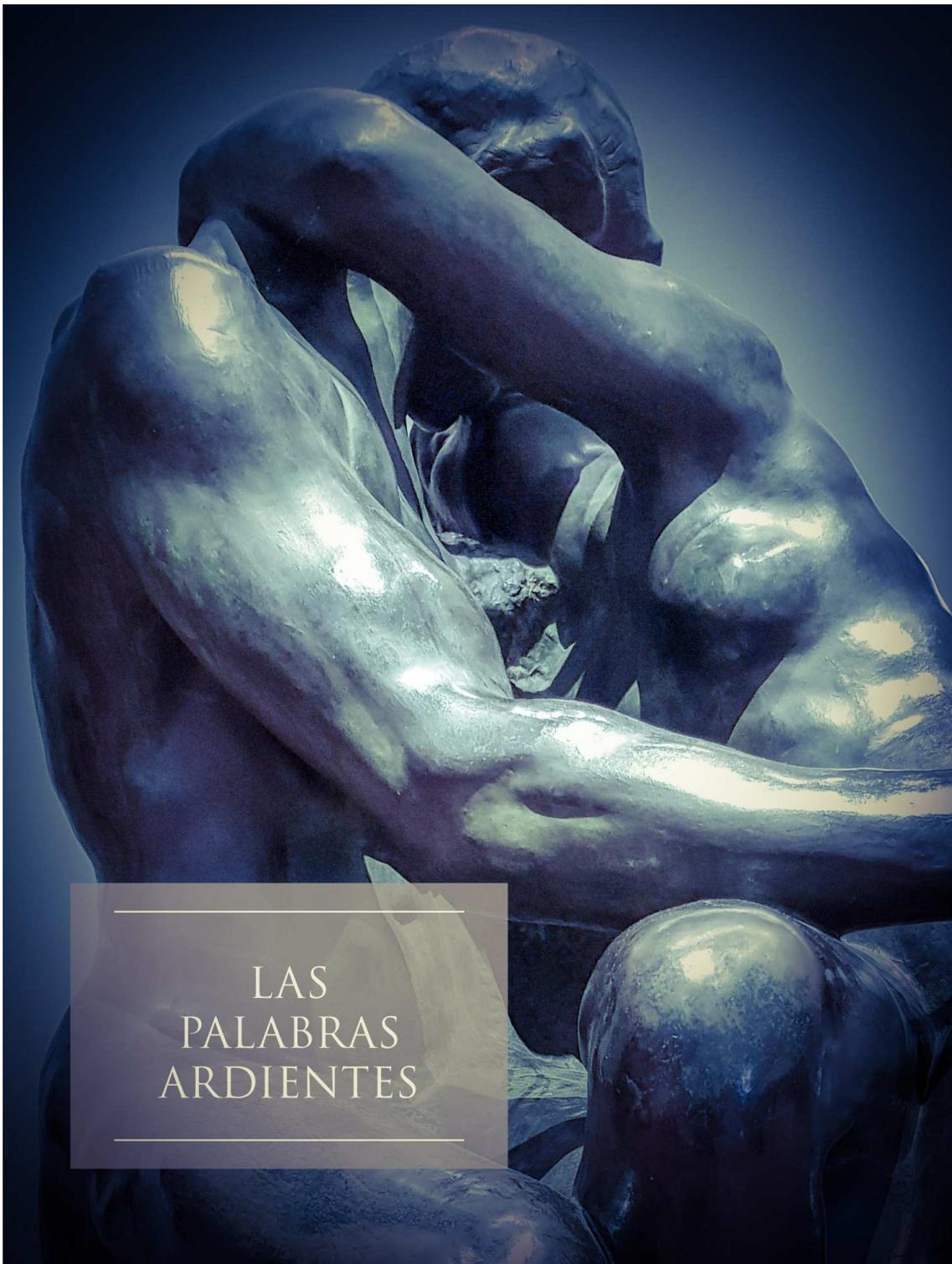
CASTA. Te dije que callaras para no hacer más daño y no me hiciste caso.

EL RUBIO. ¿Es miedo o venganza?...

CASTA. Te dije que callaras.

Oscuridad.

#IMAGEN



LAS
PALABRAS
ARDIENTES

Fotografía: El Beso, de Rodin, Museo Nacional de Gales, en Cardiff, por Juan Fernando Gómiz